



Sara Cruces Salguero

Sobre fondo azul

**PREMIO JORDI SIERRA I FABRA
2016**



SOBRE FONDO AZUL

SARA CRUCES SALGUERO

PREMIO JORDI SIERRA I FABRA 2016
DE LITERATURA PARA MENORES DE 18 AÑOS



Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Mónica Armiño

© Sara Cruces Salguero, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8763-0
Depósito legal: M-9391-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*No se le puede poner un límite a algo.
Cuanto más sueñes, más lejos llegarás.*

MICHAEL PHELPS

Tarde de sábado

El olor a cloro lo impregnaba todo. Se respiraba en cada rincón de la piscina, un aroma especial, denso. La luz del sol se colaba por los ventanales y daba de lleno en el agua, calentándola.

En la última calle de la piscina, allí donde el sol pegaba más fuerte, un chico nadaba crol.

Se movía con la confianza de los que llevan toda la vida en el agua. Sus brazadas eran rápidas y seguras, siempre al mismo ritmo.

El chico llegó al final de la calle y viró, aprovechando al máximo el impulso que le brindaba el golpe con los pies. Regresó al otro extremo a la misma velocidad.

—Cuánto? —preguntó, jadeante, nada más alcanzar la pared.

Otro chico, que lo había estado observando, le mostró la pantalla de un cronómetro que llevaba en la mano. El nadador sonrió.

—¡Vamos! ¡He bajado!

—¿Haces otra o sales?

—Nada, salgo ya.

Apoyó las manos sobre el bordillo de piedra y salió del agua. Su amigo lo siguió, a la vez que iniciaba su habitual charla entusiasta.

—¡Tendrías que verte, Alan! ¡Eres una máquina!

—Siempre se puede mejorar —repuso él, aunque también sonreía.

Se sentía satisfecho. Había logrado bajar su marca.

—Vamos, relájate un poco. ¡Imagínatelo! Si sigues así, te veo en las olimpiadas. En el podio.

Alan sonrió y se dirigió a las duchas.

—¡Te espero fuera! —le gritó él, ya desde lejos.

Alan dejó que la puerta se cerrara tras de sí y suspiró. Se quitó el gorro, las gafas y se revolvió el pelo mientras esperaba a que saliera agua caliente. Suspiró de nuevo.

Una vez bajo la ducha, echó la cabeza hacia atrás y se esforzó por liberar la tensión. Hizo un par de inspiraciones profundas y relajó los hombros. Cerró los ojos y dejó que el agua caliente hiciera el resto.

El sol los cegó en cuanto salieron del polideportivo. A pesar de estar ya en otoño, parecía que el buen tiempo se resistía a desaparecer.

—Bueno, ¿qué te apetece hacer?

Alan no respondió. Su mente seguía en la piscina, en las décimas que había conseguido ganar y en la competición que se aproximaba.

—¡Alan!

—¿Dante?

—Que qué quieres hacer.

—Ahora mismo, echarme una siesta. —Suspiró, a la vez que contenía un bostezo. Estaba tan cansado...—. Vale, pues no sé. Lo que quieras.

—Vamos al centro. Creo que los demás han quedado.

—No, al centro no, por Dios...

–Venga, y echamos la tarde ahí. Estarán los de clase y seguro que algunas chicas también...

Alan miró su reloj: eran las seis y media. Dudó.

–Me voy a casa –dijo al final.

–¡Eh, no! ¡No puedes irte!

–Dante, estoy harto de madrugar, estoy cansado y necesito dorm...

Pero su amigo ya estaba protestando, sacando su acento italiano como hacía siempre que discutía con Alan.

–¿Cómo que te vas? *Dai!* ¡Hicimos un trato! ¡Yo te acompañaba a entrenar y tú salías un rato! *Sei un cretino! Un perfetto...!*

–Vale. ¡Vale! –se apresuró a decir Alan–. Vale. Vamos al centro.

Dante sonrió satisfecho, y Alan rogó para que las próximas horas no se le hicieran demasiado largas. Estaba deseando dormir.

Tal y como había predicho Dante, parte de su cuadrilla estaba sentada en un banco junto al centro comercial, viéndose pasar a la gente y comiendo patatas y chuches que habían comprado en el puesto de al lado. En total eran siete chicos y no tardaron en verlos.

–¡Eh, Dante! –gritó uno de ellos, sonriendo–. ¡Ya pensábamos que no venías!

–Hombre, si está aquí el nadador –comentó otro, dejándoles hueco para que se sentaran–. ¿Cómo es que te ha dado por volver a tierra firme?

–Le he obligado yo –respondió Dante, metiendo la mano en la bolsa de patatas de uno de sus amigos y sacando una buena cantidad sin el menor reparo–. Así tiene un poco de vida social y no se pasa el día en la piscina, con esos de su equipo.

Alan pasó por alto la forma en la que Dante había dicho «esos». El italiano nunca había ocultado el poco cariño que tenía a los miembros del equipo de natación de su mejor amigo.

–Nos tienes abandonados, Alan –añadió un tercer chico, que estaba sentado en la parte superior del banco.

–Pronto tengo competición y no puedo faltar a los entrenamientos. Los fines de semana tengo que estudiar y descansar.

–Pues más vale que todo eso tenga recompensa, ¿eh?... Y tú, ¡cómprate tus patatas!

Dante apartó la mano de mala gana y siguió masticando con aire pensativo.

–Voy a comprar –anunció de pronto. Héctor, el chico al que le había robado más de media bolsa, le aplaudió. Dante se volvió hacia Alan–. ¿Quieres algo?

–Ya sabes que no puedo –contestó este, sin mirarle.

Dante se encogió de hombros y se alejó en dirección al puesto. El resto de los chicos retomó su discusión, que consistía en el relato de una pelea dos días atrás.

Alan suspiró y se recostó contra el banco. Sabía que salir un poco debería resultarle beneficioso, pero no lograba desconectar. La competición de dentro de veinte días estaba demasiado presente; notaba la presión que ejercía sobre él. Echó los hombros hacia atrás, tratando de relajarse, y al hacerlo notó una leve punzada en el derecho. Alargó el brazo, con precaución, y en esa ocasión no sintió nada. Siempre solía estirar un poco después de los entrenamientos, pero esa vez no lo había hecho. Seguramente sería eso.

–Ahí va Gabriela. Qué guapa está...

Alan interrumpió su silenciosa reflexión y siguió la mirada de sus amigos. Quitando a dos, que seguían riéndose

y discutiendo sobre la pelea, todos los demás observaban a un par de chicas que caminaban por la acera de enfrente. La más alta, Gabriela, no se volvió hacia ellos, al contrario que su amiga. Esta era una chica de estatura media, con el pelo de color miel cayéndole por debajo de los hombros y la piel clara. Miró a Alan y esbozó una tímida sonrisa. Él se la devolvió. Los demás solo tenían ojos para Gabriela.

–Y lo peor es que no tiene novio. Es un desperdicio.

–He oído que es muy insegura y vergonzosa, no suele andar con tíos...

–A mí me contaron que estuvo bastante con uno, pero la cosa no acabó bien...

Dante regresó en ese momento con un refresco y una gigantesca bolsa de patatas, que ofreció a Alan. Este le dirigió una mirada que respondió por él.

A las nueve de la noche, uno de los chicos se levantó del banco, anunciando que se iba. Alan se apresuró a hacer lo mismo.

Nada más abrir la puerta de su casa, se encontró con Carol, su hermana mayor.

–Hola –dijo ella. Parecía un poco sofocada–. Y adiós. He quedado y ya voy tarde.

–Vale, adiós...

–¡Ah, Alan! –añadió Carol, bajando la voz–. No provokes a papá. Está de mal humor.

–Vale, vale... Hasta luego.

Carol estaba en lo cierto: su padre no estaba de humor. Alan ya sabía que en esas ocasiones lo mejor era no intentar hablar con él, pero lo que desconocía era que un simple «estoy en casa» pudiera hacerle estallar.

–No se lo tengas en cuenta –susurró su madre cuando Alan fue a la cocina después de la bronca–. Ha tenido un

día muy ajetreado. –Alan no hizo ningún comentario–. ¿Qué te ha dicho?

–Lo de siempre. Y que a ver cuándo empiezo a mejorar las notas.

–Ya sabes, cariño. Tienes que centrarte también en el colegio.

–Ya lo sé, mamá. Me voy a echar un rato, estoy muy cansado.

Fue a su habitación. Dejó la bolsa de deporte en un rincón, y el móvil, la cartera y las llaves sobre la mesilla. Se tumbó en la cama y dio el enésimo suspiro del día. No solo su cuerpo necesitaba descansar. Sentía la cabeza bullir; tanta presión le estaba pasando factura.

Alargó el brazo para coger un cojín a modo de almohada, y al hacerlo notó un leve temblor en el hombro, como si le latiera. No se inmutó, ya estaba acostumbrado. Otro síntoma de que no había estirado lo suficiente.

Se preguntó, no por primera vez, cuánto tiempo más podría sobrellevar esa situación, con los entrenamientos y los estudios siempre enfrentados. Al menos tenía que aguantar hasta el campeonato.

Sonrió. Ya no veía exámenes ni apuntes, sino una piscina con ocho calles. Y él estaba en una, en perfecta posición para salir, listo para sumergirse, para fundirse con el agua y nadar, nadar como nunca antes había nadado...

Ese fue su último pensamiento antes de que se le cerrasen los ojos.